

Si «la palabra es un gesto y su significación, un mundo»⁴⁷, el doctor Francia se acomoda a los postulados del *logoteta cratileano* por ser sin duda «el prototipo de este sujeto-amo de la Ley-que garantiza esta posibilidad de lo verdadero»⁴⁸ y que se muestra ante el hechizo del Gran Objeto Eclipsable (y su depredación quiasmática): el acceso a la realidad está dentro del registro de lo verosímil, y el acceso a la verdad es únicamente signifiante, pero a costa de una sutura de esa misma *Realidad (V) «real»*. En esta lógica de los superlativos absolutos, la hipótesis de existencia de una escritura sólo es admisible si esta escritura tiene lugar «en el mismo Real, extrañamente polívoca y nunca bi-unívoca, una escritura transcursiva y nunca discursiva: todo el campo de la “inorganización real” de las sintaxis pasivas, en el que en vano se buscaría algo que se pudiese llamar el signifiante, y que no cesa de componer y descomponer las cadenas en signos que no poseen vocación para ser signifiante»⁴⁹. En tal sentido, «el propio despota es el signifiante de la voz que opera, con sus dos significados, la sobre-codificación de toda la cadena»⁵⁰ hasta completar el proceso de la mitologización que parte de limitadísimos conceptos/fetichismo (la invisibilidad del Poder, la escritura como metáfora de la dispersión y la contingencia, etc.) y palabras/signo: la demonización del mundo político paraguayo precisa de la equipolencia entre pulsión esquizofrénica (situación cero desde la que la conciencia y la memoria del dictador se excluyen mutuamente) y escritura jeroglífica⁵¹ hasta atribuir realidad/veracidad óptica a dos postulados freudianos: el de que la escritura es «originalmente, el lenguaje del ausente» y aquél que asevera que el sentimiento de culpabilidad «no es en el fondo sino una variable topográfica de la angustia»⁵². El propósito de Roa («La infinitud de lo absoluto dentro del espacio concreto de la relatividad histórica sólo era posible en la dimensión a la vez imaginaria y real de la escritura»)⁵³ queda sobradamente cumplido aunque sea a costa de una pérdida irreparable de lo real/verosímil.

A la tricotomía de Lengua/Habla/Sistema, el dictador añade una cuarta dimensión (una tropología icónico-auditivo-conceptual del Lenguaje como «Asistematicidad») que recuerda el tono celebratorio del lenguaje interjectivo/apostrófico del Zarathustra nietzscheano cuando dice: «Qué agradable es que existan palabras y sonidos: ¿palabras y sonidos no son acaso arcos iris y puentes ilusorios tendidos entre lo eternamente separado?»⁵⁴.

He aquí, pues, cómo la Teoría de la Escritura entronca con la temible paradoja de Epiménides: los *exorcismos verbales* (pág. 345), para asegurar, a pesar de todo, la significatividad del *noema*, se agazapan y fluyen por doquier como satélites que vehiculan las metástasis y los tropismos de las figuras, los mitos, los erotemas y las nomenclaturas platónicas (desde la consideración —en el *Crátilo*— del lenguaje como un arte imitativo más —pero con su objeto propio, la esencia de las cosas—⁵⁵; la confrontación —en el *Gorgias*—, de las antítesis —en especial con ocasión del discurso de Calicles— «Naturaleza»/«Ley»: «En la mayor parte de los casos son contrarias entre sí la naturaleza y la ley» —*Gorgias*, 482e—; o el mito de las Islas Bienaventuradas sobre cuya idealidad se monta la definición del Paraguay como una *ínsula terrestre* rodeada de naciones enemigas).

⁴⁷ Merleau-Ponty, M. (1975), pág. 201.

⁴⁸ Kristeva, J. (1985), pág. 19.

⁴⁹ Deleuze, G. y Guattari, F. (1985), pág. 45.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 216.

⁵¹ Freud, S. (1988) 2, afirma que «la sintomatología histerica puede compararse a una escritura jeroglífica que hubiéramos llegado a comprender después del descubrimiento de algunos documentos bilingües».

⁵² Freud, S. (1990) 1, págs. 31 y 76, respectivamente.

⁵³ Roa Bastos, A. (1990) 2, pág. 44.

⁵⁴ Nietzsche, F. (1984), Tercera Parte —«El convaleciente», 2—, pág. 299.

⁵⁵ Cfr. Platón (1983) 2, 385b: «Sócrates —¿Entonces es posible designar mediante el discurso a lo que es y a lo que no es?»; 387c: «Sócrates —¿Y el nombrar no es una parte del hablar?»; 430b: «Sócrates —¿Luego conviene conmigo en que el nombre es una imitación de la cosa?»; y 439b: «Sócrates (...): que no es a partir de los nombres, sino que hay que conocer y buscar los seres en sí mismos más que a partir de los nombres».

La pregunta del *Eutidemo* («¿Hay enunciados para referirnos a cada una de las cosas que son?») ⁵⁶ y las relaciones entre «Voz»/«Letra»: «Escritura»/«Memoria» (imposibilidad de que las letras puedan recoger los frutos de la memoria y reflejar la vida) tal y como se plantean en el *Fedro* 271d («el poder de las palabras se encuentra en que son capaces de guiar las almas») y 275a («Porque es olvido lo que producirán (las letras) en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, desde ellos mismos y por sí mismos») confluyen sobre una nueva paradoja: la del Guardián de la Ciudad Ideal según *República* 375e («¿Pero no crees que nuestro futuro guardián necesita todavía de otra cualidad y que, además de ser un hombre fogoso, deba ser naturalmente filósofo?») y 506b («¿Y no estará nuestro régimen político perfectamente organizado si vela por él un guardián que una el conocimiento del bien al de lo bello y lo justo?»).

5.7. Los desdoblamientos ontoexistenciales

Ya el *leitmotiv* del pasquín contiene, por elipsis, la imagen de la dualidad (Patiño, la mano correctora, el Compilador, el cráneo, etc.) y de la anamorfosis de los desdoblamientos, bien nocturnos (un yo que escribe el pasquín; que dialoga telepáticamente con Bonpland; que funciona como exégeta de su propio discurso...), bien diurnos ⁵⁸, todos ellos de origen cervantino/guaraní ⁵⁹. El «El» aparece como objetivación del sujeto político que enjuicia y critica su trayectoria como hombre de Estado desde la perspectiva de un sincretismo ideológico que parte de Rousseau (*Contrato Social* —1762—) ⁶⁰, Montesquieu (*Del espíritu de las Leyes* —1748—, muy en especial el Libro XI), Voltaire (*Cartas filosóficas* —1734—, *Tratado de la tolerancia* —1763— y la *Filosofía de la Historia* —1765—), Maquiavelo (*El Príncipe* —1532—) ⁶¹, el Hobbes de *Del ciudadano* (1642) y *Leviathan* (1651), Spinoza (*Tratado teológico-político* —1670— y *Tratado político* —1677—), Locke (*Segundo tratado sobre el Gobierno Civil* —1764—) e, incluso, el Kant de *La paz perpetua* (1795).

El «Yo», a su vez, es el personaje que ironiza sobre sí mismo desde el laberinto de una subjetividad existencialmente atormentada cuyos *ítems* curriculares fluctúan entre la moral sin objeto de Pascal, la angustia ante la libertad de Kierkegaard, el absurdo lógico de Dostoyevsky, la filosofía del No de Cioran, la errancia sin fin de Agustín de Hipona o la des/atribución predicamental del sujeto moderno de Robert Musil ⁶². La antinomia entitativa y operativa «Yo/El» alcanza su clímax opositivo con ocasión del diálogo con Bonpland. El «Yo» le exhorta para que (en metáfora noológica y floral tan del agrado del *culteranismo conceptista* de Francia) exterminie al «El» por ser la psicofanía satánica del Poder Absoluto, siendo el naturalista francés el mejor definidor de tal floración zoosémica taxonomizada por el contraste «Sola-Persona» (Dictadura)/«Persona-Muchedumbre» (Democracia): «Crece. Crece. Se convierte en ár-

⁵⁶ Platón (1983) 3, 385e.

⁵⁷ Cfr. Ezquerro, M. (1984) 1, págs. 97-132.

⁵⁸ Cfr. De Lope, M. de (1984) 1, págs. 133-138.

⁵⁹ Así lo apunta Lienhard, M. (abril 1978), págs. 3-12.

⁶⁰ Marcos, J. M. (1986), pág. 37, afirma: «Deconstructor de Rousseau un siglo antes que De la gramatología, el Supremo apaga las luces del Siglo y enciende la lámpara terrícola que la cultura ha travestido o degradado».

⁶¹ Para Matamoro, B. (1990), pág. 227, de entre las novelas del dictador, «la de Roa es la única que explicita y hace central este elemento de bonapartismo, cesarismo o maquiavelismo».

⁶² Moreno Turner, F. (1976), pág. 174, sostiene que «se trata sobre todo de mostrar la encarnación del poder absoluto y abstracto en un hombre concreto».

bol inmenso. El gigantesco árbol del Poder Absoluto» (pág. 290). «El», como personaje históricamente ya realizado, es presentado por el «Yo» como un arquetipo aureolado por un hieratismo deudor de la iconografía tópica napoleónica («Una mano atrás, la otra metida en la solapa de la levita», pág. 450). Sobre tal equivocidad se sostiene el sistema isotópico del «Doble» como un infinito discontinuo de n dimensiones (Mateo Fleitas, el doble positivo de Patiño, y, en última instancia, el doble del Supremo y del Gaspar Mora —el cristo leproso de *Hijo de Hombre*—; incluso los murciélagos funcionan como doble semántico de las ratas, símbolo del pueblo-pueblo; los prisioneros o los pájaros ciegos, dobles colectivos; dobles referenciales como son los peores enemigos del Supremo: Patiño, el Negro Pilar, la Bella Andaluza o Bonpland; Loco Solo, a la vez doble de un héroe de R. Roussel, del Supremo y del propio Roa; el perro Sultán y el perro del cosmos —el aerolito—; el mito guaraní de los gemelos, etc.)⁶³ que alcanza incluso a la bipolaridad oximorónica de dos tiempos: uno marcado y definido (los últimos días de la vida del Supremo y los anacronismos de toda laya de su reconstrucción biográfica) y uno indefinido (proyección transhistórica de la significación del Poder Absoluto tras la consunción física del dictador). Sorprendente y paródicamente, será Patiño (tipo caricatural forjado sobre un híbrido iconográfico crecido sobre los modelos de Sancho Panza y los Bruto del *Julio César* y Falstaff de *Enrique IV* de Shakespeare) el encargado de establecer el significado último de la dualidad: «Cuando Su Merced dicta circularmente, orden del Perpetuo Dictador, yo escribo sus palabras en la Circular Perpetua. Cuando Su Merced piensa en voz alta, voz de Hombre Supremo, anoto sus palabras en la Libreta de Apuntes» (pág. 319).

Al motivo culterano del «Libro No Escrito» como metáfora (especular) de la «Invisibilidad del Poder» («¿Qué libro va a haber aquí fuera de los míos?» no es una ingenua interrogación retórica sino una aseveración apodíctica de lúgubres disonancias) corresponde una isotopía del contenido cuyos componentes no pueden ser otros que los términos adjuntos «Verbo», «Palabra», «Escritura», «Lenguaje», «Voz» y «Letra» (vid. págs. 8, 9, 10, 12, 13). La desmesura hiperbólica y la estrategia exegética son los marcantes tutores de un texto canibal que devora todos sus signos por imperativo de la voluntad de un sujeto obsesionado con los *disjecta membra*; esto es: con un lenguaje/jeroglifo que desemboca en el mito babélico de una poliglotía cuyo plano denotativo contiene toda una semiótica connotativa: al metaforizar la función deíctica del lenguaje, el símbolo (y su ecumenismo) usurpa a la soberbia clerical del signo lingüístico todo su poder de convocatoria. La jerga del Poder se hace escritura profética (pero no demótica a pesar del torcedor iluminista que singulariza al dictador) sin objeto construido porque todas las referencias confluyen sobre un único referente creíble: Paraguay como realidad política secularmente expoliada.

El barroquismo lingüístico/conceptual funciona como una estratagema de simulacro: los juegos de palabras; el calambur; el abracadabra; la furia neológica; el énfasis enumerativo; las simlicadencias que generan metricismos; el fonosimbolismo de las construcciones aliterativo-onomatopéyicas, paronomásicas y cacofónicas; las tiradas

⁶³ Como apunta Sicard, A. (1979), pág. 789, «le système du double, par la façon dont il pas le rapport du sujet à l'histoire, conduit droit au problème de l'écriture».